

## FIDEL EN EL BRONX

# De un atrevido a otro

El puertorriqueño Julio Pabón narra a BOHEMIA sus cercanas vivencias junto al líder cubano en uno de los barrios más pobres de Nueva York

Por **MARÍA VICTORIA VALDÉS RODDA**

Fotos y Fotocopias: **MARTHA VECINO ULLOA**

**A**RRASÓ. Lo de Fidel en el sur del Bronx resultó todo un suceso porque lo primero que hizo en Estados Unidos, en octubre de 1995, fue romper los esquemas mentales de los latinos de Nueva York, desacostumbrados a una política cercana al pueblo, tan habitual de la Revolución Cubana.

Su intercambio con la comunidad boricua fue un completo acto de atrevimiento que, en honor a la verdad, respondió a otro similar de parte de un grupo de ciudadanos indignados por la ofensa cometida hacia el líder antillano desde la prepotencia del entonces alcalde Rudolph Giuliani. A más de 20 años de esa otra forma de romper el bloque, el recuerdo de Fidel sigue latiendo en quienes desafiaron el supuesto sentido común, si se trata de vivir en Estados Unidos siendo progresista.

Invitado a la sede de las Naciones Unidas por el aniversario 50 de la institución, a Fidel se le escamoteó en cambio su presencia en la cena oficial programada por las autoridades neoyorkinas para los asistentes. Igual suerte corrió Yasser Arafat, guerrero símbolo de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

En contadas ocasiones estuvo el Comandante por tierras norteamericanas, de ahí la relevancia de sus movimientos, seguidos por millones, tanto de detractores como de simpatizantes. Entre estos estuvo el empresario Julio Pabón, protagonista fundamental de un hecho histórico. Este partidario de Cuba trajo a La Habana su conmovedor libro

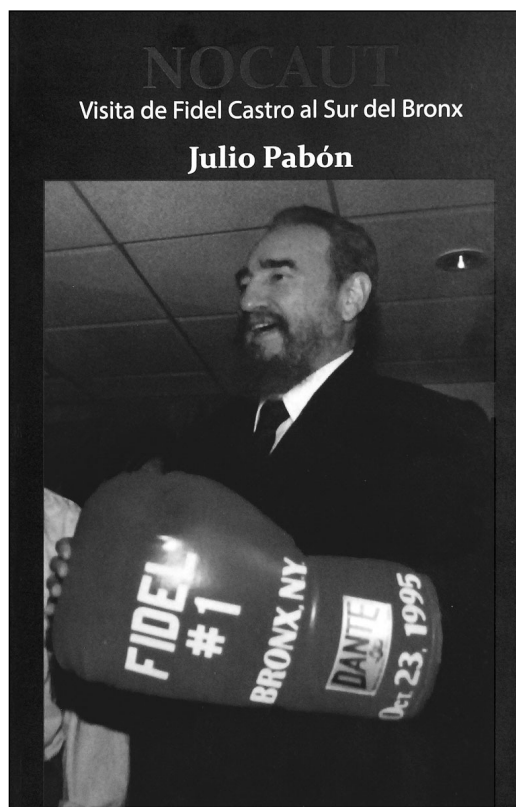
El libro *Nocaut* se ha publicado en inglés y en español, con buena acogida de lectores en la 28 FERIA Internacional del Libro de La Habana.

titulado *Nocaut*, donde narra de primera mano cómo ocurrió todo. BOHEMIA lo contactó en exclusiva.

Los estadounidenses liberales han sentido una permanente fascinación por el barbudo de la Sierra, el cual se convirtió en mito cuando en 1960 compartió con la gente humilde del populoso barrio negro de Harlem. Con esa reminiscencia, emocionado, Fidel estuvo otra vez presente allí en 1995, con similar comunidad, pero en la Iglesia Bautista Abisinia (hoy Malcolm X).

Sabida es la heterogeneidad de la sociedad estadounidense, no solo por la propia naturaleza humana, que es muy diversa, sino también por las divisiones clasistas inherentes al capitalismo. Por eso, ante la noticia de que Fidel estaría en Nueva York y que no sería invitado a una cena de lujo, se activó otro de los sectores más beligerantes para decir "basta de ofensas", esta vez hacia un latino.

Quienes así se pronunciaron fueron los boricuas del sur del Bronx; sin embargo, en un principio se trató de una simple nota de prensa en la que se rechazaba la actitud hostil de Giuliani, escrito que en su final ani-



maba a Fidel a llegarse por esa zona neoyorquina, donde sería muy bien acogido. Sus autores no pensaron ni por un segundo que fuera posible. El legendario combatiente cubano por supuesto rompió los protocolos para ir al encuentro de lo que más amó por encima de todo: el pueblo.

Así lo cuenta Julio Pabón: "Lo que salía en los periódicos es que el alcalde había organizado una cena de bienvenida a los dirigentes del planeta y descartó a dos personas: a Yasser Arafat y a Fidel Castro. Lo de Yasser Arafat lo entendíamos porque Nueva York es la base judía, es decir; la base económica de Estados Unidos reside allí; entonces, de esta manera el alcalde se buscaba las simpatías de los judíos, y eso lo ayudaría en las cuestiones políticas, pero no entendíamos por qué Fidel.

"Me enteré que Jorge Mas Canosa y miembros de la Fundación Cubano Americana estuvieron en Nueva York y se reunieron con Giuliani. Y yo, como había trabajado en la política y en la alcaldía, conocía a mucha gente que me confirmó que sí había habido una reunión con unos cubanos. Y yo concluí que estas personas le habían ofrecido



Fidel estuvo en zona puertorriqueña en Nueva York en octubre de 1995.

recursos al alcalde de Nueva York para sus futuras elecciones si hacía algo para abochornar a Fidel”.

### **Sabiduría popular derrumba recelos**

Julio aclara un contexto importante: “Los boricuas y los latinos somos una gran mayoría en esa ciudad, y yo pensé que eso iba a dar la imagen o la idea de que los boricuas no están en ná. Y como yo pertenecía a la organización de comerciantes puertorriqueños, la mayoría republicanos, millonarios, estadistas, pero con negocios en el Bronx, me necesitaban a mí para contactos en la zona en la movilización de la gente: a pesar de no tener mucho en común, sí nos llevábamos muy bien y con respeto. Así llegué a Carlos Nazario, presidente de esa organización, quien me reconoció que, efectivamente, era una falta de respeto hacia Fidel. Igual hice con Jimmy Rodríguez, dueño del famosísimo local de Nueva York el Jimmy’s Bronx Café, donde al final ocurrió el encuentro.

“También les argumenté que los puertorriqueños y los cubanos tenemos muchas cosas en común, y una de ellas es que

somos bien fieles, por eso si algún día el bloqueo se tumba y nosotros vamos a Cuba y les enseñamos a ellos una nota de prensa que hicimos en 1995 en desacuerdo por la actitud del alcalde de Nueva York hacia su presidente, estoy seguro de que los cubanos van a estar dispuestos a tratar con nuestra organización”.

### **Las apariencias engañan**

Julio logró, además, acabar con las aprensiones de los empresarios boricuas, esgrimiendo un criterio que en aquel momento era inapelable: “Esto no es para Fidel; es para la prensa, para que se vea que se dice algo. Se hizo una nota sin firma, solo que el Concilio Nacional Puertorriqueño de Negocios, citándose además la anuencia del congresista demócrata José Serrano, criticaba al alcalde Giuliani por no invitar a un líder de un país asistente a las Naciones Unidas: Fidel Castro.

“Y al final del texto yo puse, como un chiste contra el poder: ‘Presidente Castro, si usted quiere, usted no tiene que cenar con el alcalde, usted puede venir al Condado del Bronx, donde la

mayoría somos puertorriqueños y aquí tiene las puertas abiertas’. Yo pensé que eso había sido todo y que mi vida iba a continuar igual, pero en 24 horas Fidel leyó la nota que salió en *El Diario la Prensa*.

“Un alto funcionario cubano en Estados Unidos me contó que Serrano, desde su oficina de Washington, le mandó una copia del texto con los deseos de su comunidad. Así, al representante de la Isla reunirse con Fidel para ultimar detalles de todas las actividades en la ciudad le cuenta de la iniciativa boricua. Y ahí llega la ‘bomba’: ‘Dile a mi amigo puertorriqueño que esto para mí es como ganarme el Premio Nobel. Estaré con ellos’. Cuando me enteré de eso fue como escuchar poesía, me partió el alma”.

### **No fue fácil**

“Hasta el último minuto el Servicio Secreto americano intentó persuadirnos de que no se diera la actividad. Al ver nuestra negativa a cancelarla querían trasladar a Fidel para Manhattan”, relata Julio. “Me hicieron la vida imposible con muchos requerimientos, que incluían los datos de todas las personas que estarían en la cena, y que debían ser entregados 24 horas antes”.

Julio parece revivir esos momentos y hasta habla con el aliento entrecortado cuando expone: “En esa etapa el alcalde neoyorquino, el mismo que acompaña a Donald Trump en su política, llevaba una guerra contra los negros y los puertorriqueños, cortándonos los servicios. En ese tiempo en el sur del Bronx había como una especie de guerra civil contra el Estado, y que Fidel fuera a un sitio así, era algo poético. Un revolucionario que ha hecho cambios en el mundo, que ha apoyado a Angola, y que venga al sur del Bronx a apoyarlo fue muy grande”.

El testimoniante explica que en esa ocasión “cientos de personas querían entregarle regalos a Fidel, pero eso podría traernos problemas con la seguridad; entonces, el único que acepté fue un guante grande de boxeo, de una empresa boricua de implementos deportivos de Dante Ortiz. Eso le dio un toque

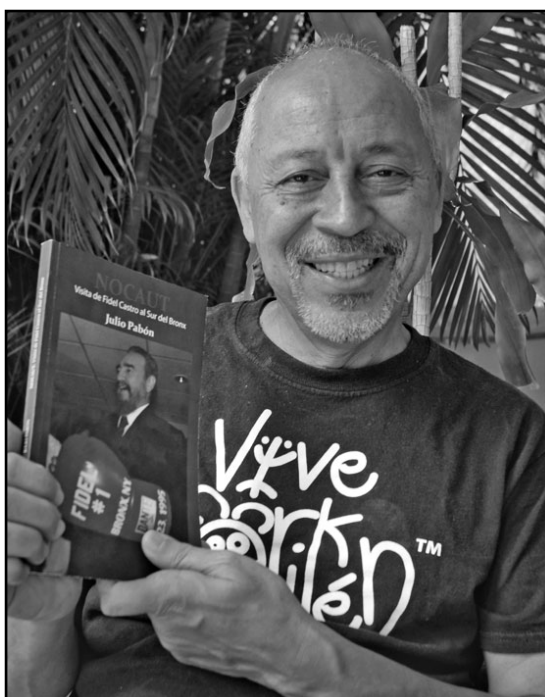
especial que fue acogido con mucho cariño por Fidel, quien además fue feliz al recibirlo de manos de niños latinos”.

### Nada es un juego

La inminencia del suceso colocó a Julio Pabón en la cruda realidad, esa que se desenfrena al coauspicar un evento para un comunista en el mismo corazón norteamericano: “Me puse superparanoico; yo estaba muy preocupado con la seguridad de Fidel. Pensé que podría haber un complot de la CIA, porque ellos trataron de asesinarlo tantas veces sin lograrlo. Yo me decía: “No confío en esta gente, y quizás me están utilizando, porque si están tratando de matar a Fidel hay que entender que el Bronx, y más en el sur, es muy violento.

“Me asusté, pero fui precavido, y busqué a amigos míos expertos en artes marciales, más específicamente al campeón mundial de kárate de esa época, el puertorriqueño Jerry Fontanes, miembro de nuestra asociación de comerciantes, y le pedí cinco cintas negras, entre las que había una mujer, para colocarlos entre el grupo de invitados. Les dije: ‘Su trabajo va a ser velar por que nada le pase. Y si pasara algo ustedes serán quienes protejan a Fidel’. Actué así porque yo no conocía a la Seguridad Cubana, y no confiaba en el Servicio Secreto americano. Estuve tan concentrado en la logística y en la seguridad que nunca pensé en que iba a conocer al líder cubano”.

Hay en toda esta remembranza un capítulo digno de elogio, que habla de la sagacidad de este activista que creció sabiendo que Cuba y Puerto Rico son del pájaro las dos alas, al que es preciso defender. De esta forma lo manifestó a **BOHEMIA**: “Las tensiones eran muchas en torno a la seguridad de Fidel, tanta que unas horas previas Bruno Rodríguez (actual ministro de Relaciones Exteriores de Cuba) vino a decirme que aquel no iba a compartir con una agitadora: Ninoska Pérez (connotada contrarrevolucionaria de **Radio y TV Martí**). Ella había entrado como parte de la prensa, con cre-



Julio Pabón se siente orgulloso de haber dado el paso como boricua al lado de Fidel.

dencial y todo. Me dirigí al Servicio Secreto americano, pero este me respondió que eso era asunto mío, que era mi evento.

“Y bueno, voy a verla, me disculpo y le digo que la misión cubana no la quería allí, por lo que debía abandonar la sala, que sería una cena privada, y ella en voz alta se defiende y me insulta, y no quiere entender. Entonces me viro para mis agentes propios de seguridad, a la mujer karateca cinta negra, y no sé qué hizo, pero la sacaron junto a su camarógrafo”.

### El gran momento

El estrés sufrido debe de haber sido inmenso: “Estábamos pendientes de todo, de la gente que hablaba, si dejaban abandonado algún paquete. Yo estaba en todos lados, ‘con patines puestos’, chequeando los detalles. Bruno regresa a la sala para comunicarme que en pocos minutos Fidel llegaría y que ellos querían que yo fuera quien lo recibiera”.

Es importante, y necesario, aclarar que a pesar de todas las tensiones bilaterales Fidel estaba dentro del esquema de protección del Team One, un equipo de seguridad muy especializado que tiene hasta satélites, muchos hombres y armas. “Y aquello fue como en las películas. Cuando abro las puertas para recibir a Fidel oigo helicópteros y un des-

pliegue tremendo de policías; yo estaba muy sorprendido viendo eso, un tipo de seguridad que jamás en mi vida había visto, y mucho menos para un latino. En la zona del arribo solo estábamos Bruno, Mickey Meléndez y yo. Llega la limosina, pero Fidel no sale; primero lo hace la seguridad, para verificar que todo está en orden. Luego sale el chofer y le abre la puerta. Yo miraba la escena y me decía a mí mismo que era increíble”.

### Esquemas rotos

Julio logra sustraerse de todo ese paisaje espectacular e inusual para concentrarse en su invitado, el cual “le mueve el piso” desde el primer momento: “Veo a Fidel, pero no con su uniforme verde olivo de militar, sino con un traje, y nunca lo había visto así. Y pienso en cómo decirle: Comandante, Señor Presidente, Señor Castro, o Fidel. No quería faltarle el respeto, y en medio de esos pensamientos Bruno se le acerca y le dice: ‘Comandante este es Julio Pabón, quien organizó el evento’”.

Y Fidel me “voló los sesos” en dos formas: me saluda con las dos manos, y yo había aprendido de mi padre que si uno quiere conocer a una persona debe estrechar ambas manos y mirarle a los ojos, porque estos son las ventanas del alma”. Y prosigue



Que el sur del Bronx era la Sierra Maestra boricua, le aseguró a Fidel Julio Pabón.

en su permanente asombro: “Lo otro extraordinario que hizo Fidel fue acercárseme al oído y preguntarme si ese evento no me perjudicaría después. Eso me partió el alma, porque yo había hecho tanto trabajo para los políticos, ayudando a tanta gente, y nunca nadie se acercó para preocuparse por mí. Y este señor que supuestamente es lo peor que hay en el mundo, que supuestamente se come a los niños, lo primero que me pregunta es si me iba a perjudicar. Me puse tan nervioso que olvidé cómo dirigirme a él, solo le dije: ‘No, yo estoy bien, porque esta es la Sierra Maestra boricua’”.

### **Hermanos de luchas**

“Él se echó para atrás y preguntó: ‘¿La Sierra Maestra boricua?, ¿qué es eso?’. Le comenté que en Nueva York hay más de cien mil puertorriqueños, somos hijos de campesinos que vinieron aquí por falta de trabajo en su tierra, muchos han muerto por las guerras, la violencia, el hambre, las drogas, pero yo como muchos de los que están en el salón somos los atrevidos, los que hemos sobrevivido y aquí yo estoy bien protegido. Por eso es la Sierra Maestra boricua”.

Se asombró del número de puertorriqueños en la ciudad.

Me puso la mano por encima del hombro y preguntó por el auditorio. Le respondí que no son políticos, sino personas comunes, y que incluso muchos de ellos no están de acuerdo con él, con la Revolución Cubana, porque no la entienden, pero todos coincidían en una cosa: que la actitud de Giuliani fue una falta de respeto.

Llegamos al salón, se abren las puertas. Cuando entramos, para mi sorpresa todo el mundo estaba de pie aplaudiendo, también aquellos amigos míos que me siguieron solo para apoyarme. Fidel les está estrechando la mano a quienes encuentra a su paso, adentrándose en el salón y quedando prácticamente rodeado por los ocupantes de las mesas. La Seguridad Cubana le alerta e intenta apartarlo hacia la tarima, pero Fidel les recuerda: “Tranquilo, Julio me dijo que estamos en la Sierra Maestra”.

### **Un desacuerdo insignificante**

En el discurso del Comandante, este asegura estar impresionado con las palabras de Julio Pabón y José Serrano. En su intervención, toca un punto bien singular, que distendió todavía más el ambiente: “Me parece que, antes de continuar, debo aclarar este serio

problema de las Grandes Ligas, porque ya veo que ustedes están con los del Cleveland... Si llego a saber que ustedes los del Bronx estaban con el Cleveland entonces yo digo: Miren, no me metan en ese problema. Me acordé que era amigo de Ted Turner, y dije: Bueno, como soy amigo de Ted Turner, tengo que estar a favor de los Bravos de Atlanta. Hoy me lo volvieron a preguntar, y dije: Me vas a pelear con la mitad de este país, ya no por razones políticas sino por razones deportivas. Bueno, ya escogí, pero no estoy afiliado enteramente, tengo que tener en cuenta lo que alguien me dijo: Oiga, es que hubo un jugador del Cleveland que metió dos jonrones y que, además, sacó en primera a no sé quién, era un héroe y creo que el hombre era puertorriqueño. Así que aclarado esto, espero que ustedes tengan comprensión y perdón para mí”.

Cuenta en su libro nuestro entrevistado que las 300 personas se pusieron de pie, riendo y ovacionando a Fidel, quien a esa altura del encuentro ya los había cautivado por su sencillez y sinceridad.

### **Certezas**

Julio Pabón tuvo muchos sobresaltos a raíz de la valiente iniciativa, suya y de otros compatriotas, pero dejó un legado invaluable, y esa certeza le conmueve a diario el espíritu: “Fidel se sintió superrelajado, incluso haciendo chistes. Cuando se lo presenté a mi esposa y a mi secretaria, él dijo: ‘Julio, cuántas flores bellas hay en el Bronx’, y mi esposa me da un codazo y comenta: ‘Mira, Fidel está diciendo piropos’. Yo imagino que en Nueva York estaba bajo la presión de sus reuniones, que incluyó una con la gente de la Bolsa, y al llegar al sur del Bronx se relajó, junto al pueblo, como si fuera el suyo.

“Yo creo que le di la oportunidad a Fidel de sentirse bien cómodo, y para mí que hicimos historia en el Bronx, donde muchos políticos y presidentes no se atreven a entrar, y que de repente nada menos que el presidente de Cuba fuera allí, rompió esquemas. La cena de Giuliani, a la que Fidel no pudo ir, se ha olvidado; sin embargo, esta, la mía, se ha quedado para siempre”. ●